

timientos de una sincera unión, de un verdadero patriotismo. Así el Eterno bendecirá nuestros esfuerzos, y seremos inexpugnables, porque contra la decisión de ocho millones de mexicanos, ¿qué valen ocho ó diez mil americanos, cuando hayan dejado de ser el instrumento de la Justicia Divina?

Quizá os hablo por la última vez: por Dios, creedme: no vaciléis entre la muerte y la esclavitud; y si el enemigo os vence, á lo menos que respete el heroísmo de vuestra resistencia. Ya es tiempo de que cese todo pensamiento que no sea la común defensa. La hora de los sacrificios ha sonado. Despertad: una tumba se abre á vuestros pies. Conquistad siquiera un laurel que colocar sobre ella.

Aun no muere la Nación: todavía, lo juro, yo respondo del triunfo de México, si un esfuerzo unánime y sincero secunda mis deseos. ¡Feliz mil veces el infausto suceso de Veracruz, si el incendio de aquella plaza comunica á los pechos mexicanos el entusiasmo, la dignidad y el generoso ardor de un verdadero patriotismo! Se habrá salvado indudablemente la patria. Mas si sucumbe, ella legará su oprobio y su baldón á los que egoistas no quisieron defenderla, á los que traidores prosiguieron sus combates privados, pisoteando el pabellón nacional.

¡Mexicanos, la suerte de la patria os pertenece: vosotros, no los americanos, la decidiréis! ¡Venganza clama Veracruz; seguidme á lavar su deshonra!

México, Marzo 31 de 1847.—*Antonio López de Santa Anna.*

~~~~~

**EL CIUDADANO PEDRO MARIA ANAYA PRESIDENTE SUBSTITUTO DE LA REPUBLICA,  
A SUS CONCIUDADANOS.**

Mexicanos: En los momentos en que la pérdida de Ulúa y de Veracruz, en que el peligro de la capital misma, obligaron al digno Presidente de la República á dejar el Gobierno para tomar el mando del Ejército, el voto de los representantes del pueblo me ha encomendado el Poder Ejecutivo de la Unión.

Siempre exento de ambición y penetrado íntimamente de la terrible dificultad de las circunstancias, sólo la fuerza imperiosa del deber ha podido obligarme á aceptar. Pero ciudadano y soldado, debo á mi patria todo el reposo, la vida, mi reputación misma. La voz del patriotismo me grita que es preciso salvar á nuestro país ó perecer.

La guerra que destroza á México es para nosotros la más santa de las causas. El mundo contempla con escándalo á nuestros vecinos del Norte convertidos en conquistadores, para apoderarse de un territorio que la fe de los tratados, que los derechos más respetables nos aseguraban. Nunca hubo una defensa más legítima, una guerra más necesaria. En ella todo se disputa: nuestro honor, como nuestra existencia, lo presente y el porvenir.

El territorio perdido, las ciudades bombardeadas, la sangre pródigamente derramada en esta guerra, todo nos empeña á proseguirla sin desmayar por los reveses. Es preciso probar que nuestro nombre figura con justicia en el catálogo de los pueblos libres del universo: aceptemos la prueba á que nos sujeta la Providencia, que en estas grandes crisis se regeneran las naciones.

El pueblo no puede pensar en la paz, porque esto fuera consentir en la desmem-

bración de nuestro país, en el oprobio de nuestro nombre; porque este pensamiento indigno proclamaría que México, incapaz de probar su valor y soportar los sacrificios, estaba á disposición de todo el que pudiera bombardear sus ciudades y conducir un Ejército á su territorio: después de tanta ignominia, la independencia sería una irrisión, nuestra nacionalidad un hecho transitorio. Por esto la guerra es el grito del pueblo: la guerra es la política del Gobierno.

Para llevarla al cabo no se necesita más que un elemento: la unión. Sobrado tiempo hemos agotado nuestras fuerzas en combates insensatos: es necesario reunir las contra el extranjero. En nombre de la patria, yo conjuro á todos los mexicanos para que se reunan al rededor del estandarte sagrado de la Independencia y de la República, para que cesen esas divisiones funestas que facilitan los proyectos del invasor, que hacen sonreír de una alegría criminal á los que piensan levantar un trono extranjero sobre las ruinas de nuestra patria vencida y humillada.

Mexicanos: Yo no he aceptado el Poder para el triunfo de ningún partido. El Gobierno sólo piensa en la salvación común. Para él todas las opiniones generosas son respetables: todos los republicanos, buenos hijos de la patria. Durante mi vida, la Libertad, la República, y la Federación han sido mi causa: voy á servirla, no á olvidarla. Para ella es el Poder, para ella mi sangre toda.

En las banderas del enemigo está inscrito: *Conquistar ó morir*; y para que nuestra patria sea independiente, para que la causa de nuestra raza triunfe, es necesario oponer á ese funesto lema la fuerza y la libertad: es preciso que nuestros Ejércitos los arrojen del territorio, y que nuestras instituciones los contengan en la frontera. Destinados á una rivalidad permanente, es necesario, para luchar con ellos, hacernos grandes y fuertes con el poder que domina al universo: con el de la democracia y la civilización.<sup>1</sup>

Al recibir el Poder he jurado defender la Independencia y las instituciones. Ese juramento es sagrado. La Nación puede confiar en mi lealtad y mi honor. Pero ellos no bastan para salvarla: la situación es difícil, y yo no me he resignado á recibir el Gobierno sino con la esperanza de reunir todos los esfuerzos en contra del enemigo común. La Independencia pide la cooperación de todos los mexicanos, el sacrificio de todos los odios, el ejercicio de todas las virtudes, la acción de todos los esfuerzos.

Que la Nación se levante unida, que acepte la lucha con el enérgico entusiasmo de los días de la independencia, y entonces los vándalos que nos han amenazado se arrepentirán de su temeraria iniquidad. La victoria coronará nuestros esfuerzos, y presto tendremos una nacionalidad asegurada, un nombre digno de respeto, una existencia venturosa. Si en la hora del peligro y del sacrificio imitamos las altas virtudes y el valor indomable de nuestros padres, México se salvará.

México, 3 de Abril de 1847.—*Pedro María Anaya.*

~~~~~

**EL CIUDADANO PEDRO MARIA ANAYA, A LOS JEFES,
OFICIALES Y SOLDADOS DEL EJERCITO PERMANENTE, Y DE LA GUARDIA NACIONAL.**

Compañeros de armas: En las angustiadas circunstancias en que se encuentra la Nación, los Representantes del pueblo han tenido á bien encomendarme el Supremo Gobierno; y aunque nada hay en mi persona que me haga merecedor de tanta confianza ni

¹ Este párrafo, en que hay errores de redacción sin duda, ó de imprenta, está fielmente copiado de su original.

que asegure el buen desempeño del difícil encargo, yo debí obedecer y he obedecido; porque el primer acto de civismo es defender el territorio nacional cuando es violado por las fuerzas extranjeras.

No os hablaré de la notoria justicia de nuestra causa ni de la imperiosa necesidad de sostenerla; pero sí os recuerdo que esa necesidad, que comprende á todo mexicano, para nosotros es una obligación sagrada. Trátase de defender nuestros derechos conculcados, nuestro honor vilipendiado, nuestros hogares acometidos, nuestras familias amenazadas, nuestras propiedades invadidas, cuanto el hombre, en fin, posee de más precioso en la sociedad; y ¿seríamos fríos espectadores de la salvaje brutalidad de nuestros enemigos? No, jamás se dirá que la raza española, heroica en el antiguo mundo, degeneró en el continente de Colón.

Soldados: llegó el momento de la prueba; ella ni será larga ni dudosa; porque para triunfar sólo necesitamos seguir las huellas de la Nación de que procedemos. España se salvó en 808 porque nunca celebró paces ni treguas con sus invasores: imitemos su constancia y seremos salvos.

México, 3 de Abril de 1847.—*Pedro María Anaya.*

LOS REPRESENTANTES DEL PUEBLO, A SUS COMITENTES.

Mexicanos: El Congreso General extraordinario, á quien honrásteis con el arduo encargo de constituir definitivamente la República, y con el santo á la vez que terrible de salvar su nacionalidad, altamente comprometida en la presente guerra, cree de su más imprescindible deber dirigiros la palabra en estos momentos solemnes en que los enemigos se aproximan á la Capital, y amenazan con la repetición de las sangrientas escenas de que ha sido teatro la heroica Veracruz.

El Congreso, al indicar ligeramente las causas de esta guerra, no se detendrá en demostrar á los pueblos la justicia con que se defende la República, porque aquéllas y ésta son perfectamente conocidas, no sólo de la Nación, sino de todo el mundo civilizado.

¿Qué hemos hecho á los Estados Unidos, para que ese pueblo, celoso defensor de los principios democráticos para sí propio, se haya convertido en una hueste de vándalos, y venga destruyendo nuestras ciudades, apoderándose de nuestros bienes, asesinando á nuestros hermanos, y dejando por donde pasa una huella de sangre que degrada á los que se dicen hijos de Washington? ¿Fue por ventura un agravio haber abierto franca y lealmente nuestros puertos á su comercio, haber estrechado nuestras relaciones con tratados de todo punto favorables y desventajosos para México, y haber, por último, llamado á sus ciudadanos para que poblaran uno de los más ricos Estados de la República? Pues he aquí lo que México ha hecho con los Estados Unidos. ¿Y qué les debe en recompensa? Triste, pero necesario es decirlo. En todos los males que desde 1828 aquejan á esta desafortunada Nación, ha influido eficazmente ese pueblo ambicioso, que viendo en el rápido engrandecimiento de México, la señal segura de su decadencia, sembró arteramente la discordia en nuestra sociedad, que dividida desde entonces en bandos, ha bajado una por una todas las gradas que forman la desastrosa escala de las disensiones civiles, á cuyo pie se encuentran la miseria y la ignominia.

En efecto, los Estados Unidos del Norte no podían ver con indiferencia la prosperidad siempre creciente de los primeros años de nuestra federación; porque si este pueblo nuevo se alzaba socialmente á la altura de los demás, si ofrecía á los extranjeros las ventajas de la civilización moderna, y, en fin, si la paz, íntima aliada de la ilustración y único origen del progreso de las naciones, llegaba á cimentarse sólidamente entre nosotros, apoyada en la libertad civil y en la igualdad legal, y dando por frutos la seguridad de las personas y el aumento de la riqueza pública, el resultado era preciso é incuestionablemente la supremacía de la República Mexicana sobre todos los otros pueblos del Nuevo Mundo. La Europa, que no puede ya mantener á su población, se habría desbordado para venir á fecundar nuestros inmensos desiertos, desdeñando las nieblas y el hielo del Norte por gozar las delicias de un país virgen, donde reina una primavera continua, donde se disfrutaban á la vez las ventajas de todos los climas, y cuyas entrañas, después de haber enriquecido al mundo, encierran aún tesoros inagotables.

Esa inmigración asombrosa que añade largos guarismos en cada año á la Estadística de los Estados Unidos, habría venido á México, si las incesantes revueltas de que hemos sido víctimas, no hubieran puesto un valladar invencible entre nosotros y los pueblos del Antiguo Continente. Esas revueltas y esa desmoralización y esa casi normal anarquía en que hemos vivido, son, conciudadanos, el fruto funesto de la semilla sembrada por los Estados Unidos, que bajo mil formas diversas han agitado las pasiones y con mil distintos pretextos fomentado los odios, para conservar el dominio de la discordia, que franqueaba á la ambición de nuestros pérfidos vecinos la senda llena de sangre que debe comunicar los dos océanos, de Matamoros á las Californias.

Como un paso que debía conducirles á la consumación de este vasto plan, los Estados Unidos impulsaron la rebelión de Texas en 1835; y cuando la fortuna nos volvió la espalda en San Jacinto, apoyaron la independencia de aquella colonia, al mismo tiempo que hipócritamente nos tendían la mano de hermanos. De esta suerte avanzaba en el desarrollo de sus proyectos mercantiles y se formaba en Texas no sólo un aliado, sino un camino que les condujese á la India, conservando entre nosotros el germen de las revoluciones y el motivo de las gabelas. ¿Quién ignora que la guerra de Texas ha sido la causa ó el pretexto de no pocas revueltas, que no sólo han producido los males consiguientes á todo movimiento revolucionario, sino que han impedido el sólido establecimiento de un gobierno nacional? Si contáramos los millones de pesos que ya por contribuciones, ya por subsidios extraordinarios, ya por empréstitos, ya, en fin, por donativos se han gastado en la guerra de Texas, nos asombraríamos sin duda al ver la enorme suma que se ha perdido desde 1835, y que excediendo acaso del valor de aquel territorio, sólo ha dado por frutos la miseria, el agio, la bancarrota y la desmoralización.

¿A quién no ha causado un mal positivo la guerra de Texas? ¿Quién no lamenta la pérdida de un esposo, de un hijo, de un hermano, de un amigo; la paralización de su comercio y aun la completa ruina de su Hacienda? Esa guerra ha disminuido la población y las fortunas, sembrado los caminos y llenado las cárceles de malhechores, impedido el desarrollo de nuestros grandes elementos de prosperidad, y acabado en Europa con el crédito de la Nación Mexicana. La influencia que esa guerra ha ejercido en la suerte de la República, ha sido en verdad decisiva; y como ella fué provocada y sostenida por los Estados Unidos, con razón puede asegurarse que á éstos debemos todos los males que hemos sufrido y que nos han traído al deplorable estado en que nos hallamos.